

# I. ARTICULOS

JUAN ANTONIO BLANCO. C.Dr. en Historia de las Relaciones Internacionales.  
Funcionario del Departamento América del CC del PCC.

## **La administración Reagan: ¿tiempo de transición?**

El año 1981 marca el 'ascenso al poder ejecutivo de políticos de filosofía fascista. representantes del sector más agresivo. chovinista y aventurero del gran capital norteamericano

### INTRODUCCIÓN

Este trabajo fue elaborado a fines de 1985 y expresa exclusivamente el punto de vista personal de su autor. A pesar de que desde entonces han ocurrido un conjunto de hechos de gran importancia, hemos preferido respetar la redacción original, ya que a nuestro juicio los mismos sólo contribuyen a reafirmar de manera más nítida la esencia de las tendencias aquí apuntadas.

El fascismo, término empleado no como adjetivo peyorativo sino como categoría científica, y su eventual viabilidad en la sociedad norteamericana, es el tema central de este breve ensayo. Llamamos, pues, la atención de los lectores a asimilar cada término en su acepción más rigurosa. Fascistas, facistoide y facistizante no son sinónimos conceptuales.

Nuestra intención es subrayar la absoluta convicción sobre la legitimidad y necesidad del debate sobre este tópico, cualesquiera que sean los matices o discrepancias surgidas al final de la lectura.

El fascismo no se establece súbitamente. Requiere de un proceso, de etapas preparatorias que no son directamente identificables con él. No presenta nunca el mismo rostro (campos de exterminio, tropas de choque paramilitares, etc.), sino se expresa de manera histórico-concreta según el momento y país en que emerge. Para imponerse requiere pasar inadvertido y desconocido durante algún tiempo; por ello retomamos aquí la temática de la famosa novela que Sinclair Lewis irónicamente tituló *No puede suceder aquí* (It Can't Happen Here).

en la convicción de que el alerta “precoz” contribuye a hacer innecesaria la denuncia “madura” pero irremediabilmente tardía..

A los efectos de nuestro análisis, partimos de la definición leninista de clases sociales como “grandes grupos de hombres que se diferencian entre sí por el lugar que ocupan en un sistema de producción social históricamente determinado, por las relaciones en que se encuentran con respecto a los medios de producción (relaciones que en su mayor parte las leyes refrendan y formalizan), por el papel que desempeñan en la organización social del trabajo, y, consiguientemente, por el modo de percibir y la proporción en que perciben la parte de la riqueza social de que disponen”.<sup>1</sup> Cuando hablamos de clase dominante nos estamos refiriendo a aquella que, dentro de la definición citada, ocupa una posición privilegiada de poder que le permite dirigir y controlar según sus intereses al resto del conjunto social. Esta clase dominante, sin embargo, se compone de diversos sectores y, ocasionalmente, de fracciones principales en pugna por ejercer su *hegemonía* sobre el conjunto de la clase dominante y la sociedad toda. A su vez, generalmente ni la clase en su conjunto ni fracciones aisladas de ella ejercen directamente su poder sino lo hacen a través de un conjunto de personas —muchas de ellas salidas de sus propias filas, otras no— que ocupan los principales puestos de poder estatal, social, etc., y que la sociología burguesa ha dado en llamar “élites”. La rivalidad entre las principales fracciones de la clase dominante, además de expresarse en el terreno económico y financiero, puede asumir —y a menudo lo hace— la forma de una pugna por hegemonizar esa llamada “élite de poder” y las posiciones claves que ella ocupa, a fin de estar en mejor situación para —a la vez que se ocupa de la defensa de los intereses del conjunto de la clase dominante— promoverse a sí misma a una posición cimera dentro de la propia clase y la sociedad en cuestión.

Cualquier estudio sobre la realidad norteamericana que pretenda otear sus tendencias de orden estratégico tendrá que adentrarse en los confusos y oscuros vericuetos de sus rivalidades fraccionales intraburguesas, en los Complejos mecanismos del control y ejercicio del poder clasista en esa sociedad, así como en el modo en que a partir de dicho poder clasista se formulan y adoptan las principales decisiones. Un esfuerzo de tal naturaleza tiene por tanto que incluir el análisis de clase, la sociología de la clase dominante, la comprensión de la estructura burocrática y económica a través de la cual ejerce su poder y las rivalidades, coincidencias y contradicciones en todos esos niveles. Sin duda ello constituye un descomunal reto intelectual, pero rehuirlo nos condenaría a interpretaciones limitadas y coyunturales de la sociedad estadounidense.

---

<sup>1</sup>V.I Lenin; Obras completas. Ed. rusa, tomo 19, p. 388.

El presente trabajo no pretende ser un punto de llegada. Lo que en él se intenta es organizar de manera coherente los hechos e ideas que conducen a la formulación de las hipótesis aquí esbozadas y que pudimos sintetizar del modo siguiente:

——La comprobación de que la clase dominante norteamericana no constituye un todo homogéneo. Es posible distinguir en ella fracciones burguesas competitivas —aunque vinculadas entre sí— que pueden o no compartir en cada momento un consenso global en determinados aspectos de política interna y exterior, así como proyectar visiones y programas alternativos y contradictorios en ciertas áreas y asuntos específicos.

——La convicción de que tales fracciones son la médula a partir de la cual se van nucleando, de modo periférico, políticos, académicos, periodistas y otras personalidades que se identifican, de manera natural, con la visión que emana de aquellas.

De tal suerte, el mundo político de la sociedad norteamericana se expresa en dos niveles —en el seno de los círculos principales de la clase dominante y al nivel popular—, y mientras el primer escalón se resuelve esencialmente en la etapa del proceso electoral que culmina en las primarias, el segundo, que oferta a las masas solamente la elección entre los candidatos del consenso de la clase dominante, se resuelve por votación nacional.

En ese contexto, desde fines de la década del 50 se ha estado produciendo un fenómeno político y económico dentro de la clase dominante: un conjunto de capitales de menor nivel de transnacionalización, cuya cuota de ganancia depende esencialmente de la existencia y expansión de los contratos de Defensa, ha venido configurándose como una fracción burguesa de creciente poder. Estas corporaciones no constituyen la totalidad del llamado complejo militarindustrial, aunque son aquellas cuya vitalidad y existencia están decisivamente relacionadas con el mercado de Defensa, en el que la oferta y demanda están enmarcadas por el carácter que en cada momento tenga la política exterior norteamericana y la atmósfera política internacional prevaleciente.

Por estas razones, estos sectores, a los que se suman elementos provenientes de otros círculos de capital financiero (que comparten esa visión ideológica), constituyen la fracción burguesa más chovinista, militarista y agresiva de la clase dominante, la cual tiene su expresión en los movimientos políticos y sociales más reaccionarios como la llamada nueva derecha.

Consideramos, a su vez, a la administración Reagan como expresión —por vez primera— de dichos intereses en las principales palancas de poder político ejecutivo de los Estados Unidos.

Con una visión fascista de la política exterior, estas fuerzas consideran que la única forma de restablecer el consenso interno para el empleo de la fuerza directa en esa área (roto a partir de la Guerra de Vietnam) es un reordenamiento interno de carácter social, político y económico, a partir del cual se rescatarán y harán permanentes los valores sobre los que puede reconstruirse dicho consenso: el chovinismo, “el espíritu de superioridad norteamericano, la firme creencia de que de la voluntad nacional” —y no de leyes históricas— depende el rumbo de los acontecimientos; un ferviente anticomunismo y un sentido militante-patriótico que percibe a todo aquel que no comparta estos valores como enemigo de la nación o como un tonto servidor de los adversarios.

A la tendencia profundamente chovinista y agresiva de esta fracción burguesa se une una percepción de que el poder burgués —que aquí tiene un carácter transnacional para el conjunto de la clase dominante, si bien no para cada una de sus partes— está en peligro en el exterior por la ausencia de una “voluntad nacional” de defenderlo; una visión voluntarista de la historia; sensible intolerancia político-ideológica y la creencia de que en Occidente existe un “exceso de libertades democráticas” que lo hace vulnerable al comunismo. Este conjunto de rasgos hace de estas fuerzas el único portador viable de una concepción facistizante de la sociedad norteamericana.. Ellas, aún hoy, no constituyen organizativamente una estructura monolítica, sino un conjunto de corrientes (la nueva derecha, los “viejos conservadores”, la derecha religiosa, los conservadores sociales, etc.) dentro de una coalición a la que Reagan ha aportado su liderazgo.

Si bien ciertos círculos de otras fracciones burguesas comparten algunos de estos supuestos y en esas áreas pudiera hablarse de la existencia de un consenso global de la clase dominante, hay otros aspectos —referidos más a elementos tácticos que a los fines— en los que el consenso es inestable, frágil o inexistente. Este fenómeno se evidencia con mayor nitidez en el área de la política exterior.

En el terreno del conflicto de fracciones en el seno de la clase dominante, todo parece indicar que si bien Reagan no era en 1980 el candidato favorito de algunos de los principales grupos del capital financiero —Rockefeller, por ejemplo—, su ejecutoria ha generado un consenso, inestable y frágil aún, en el conjunto de la clase dominante. Para las fuerzas económicas que Reagan principalmente representa, el presente es la oportunidad de hacer irreversible un proceso que garantice a largo plazo sus intereses y una redistribución del poder dentro de dicha clase. Por otro lado, para los centros más poderosos y tradicionales del mundo financiero el actual Presidente es “una carta” coyuntural a jugar que pueden revertir, valiéndose de su inconmensurable

poder económico, político y social, en el momento que consideren que ha cumplido suficientemente su papel o que perciban se está desencadenando una lógica y dinámica interna que conduce al cuestionamiento de su posición hegemónica en la clase dominante.

Parecería improbable que las fuerzas de naturaleza fascista que Reagan representa pudieran consolidar su proyecto en el interior de la sociedad norteamericana, aun cuando ello entra en el marco de “lo posible”.

Ahora bien: una vez que se “coquetea” con estas fuerzas, se les otorga poder y se les permite avanzar en el campo político, el proceso puede adquirir una lógica autónoma para desembocar, aun sin que llegue a producirse una redistribución interna de poder en la clase dominante, en la cooptación político-ideológica de los restantes sectores del gran capital que terminan por hacer suyo este rumbo.

El destino de la sociedad norteamericana, y a través de ella, del mundo entero, está estrechamente vinculado al resultado final de estas contradicciones y tendencias en el seno de su clase dominante. Pero esa sociedad y el resto del mundo no asisten como observadores a un escenario ajeno. Son parte íntegra de este, y si lo interpretan adecuadamente están llamados a transformarlo en una dirección más prometedora.

## SIGNIFICADO DE LA PRESENTE ADMINISTRACIÓN

El pasado quinquenio coincide con los cinco años de presidencia de Ronald Reagan en los Estados Unidos. Estos son años decisivos para el porvenir político norteamericano.

Reagan no es un “accidente” en el proceso estadounidense, ni su Administración se percibe a sí misma como un simple movimiento pendular y transitorio hacia la derecha.

El año 1981 marca el ascenso al Poder Ejecutivo de políticos de filosofía fascista, representantes del sector más reaccionario, agresivo, chovinista y aventurero del gran capital norteamericano.

La primera mitad de la década del 70 atestiguó una profunda y generalizada crisis de la sociedad estadounidense: se dieron fenómenos como la inflación galopante, el desempleo creciente, el estancamiento económico, la crisis política interna entre partidos y sectores burgueses (Watergate, aguda lucha entre el Poder Ejecutivo y el Poder Legislativo), la crisis de valores (deterioro de la credibilidad de las principales autoridades e instituciones sociales), las dificultades y derrotas significativas en la política exterior (derrota en Indochina, caída del fascismo en Portugal y Grecia, la liberación de las colonias portuguesas en África, la derrota en Angola). Por otra parte, la URSS alcanza la paridad nuclear estratégica con los Estados Unidos; el Tercer

Mundo cambia a través de su organización en los No Alineados y el Grupo de los 77, la correlación de fuerzas en la ONU y otros foros internacionales, e impone el debate sobre la restructuración del presente orden económico mundial; la OPEP sienta un precedente excepcional pero novedoso, de un cartel tercermundista que presiona al mundo industrializado, etc.

Esta crisis generalizada estaba profundizando a su vez la contradicción y pugna que venía desarrollándose desde la década del 80 entre los dos sectores más poderosos de la élite de poder estadounidense: el *establishment* tradicional de capital banquero e industrial transnacionalizado —con sus contrapartes allende los océanos—, organizado principalmente en la Comisión Trilateral, y aquellos sectores vinculados decisivamente a la industria del “complejo militar-industrial”, cuyas tasas de ganancias provienen y dependen esencialmente del armamentismo y cuyos capitales están invertidos fundamentalmente en territorio continental.

Esta no es una batalla circunstancial por alineamientos políticos y beneficios económicos de corto alcance. Era y es una lucha por las posiciones claves del poder político y económico internos, el peso y posición de cada uno de estos sectores en la división nacional e internacional del trabajo y la naturaleza del papel del Estado en el proceso de acumulación capitalista en las próximas décadas.

En su trabajo inédito “Una nación, divisible” el politólogo Carl Oglesby afirma.:

El hecho básico en política en Estados Unidos es que el *establishment* tradicional del Este y su nuevo rico rival del complejo Suroeste discrepan de modo creciente sobre todos los temas de política nacional, tanto doméstica como exterior. No obstante, estos son los ámbitos de poder tradicional cuya coalición es esencial para la unidad nacional norteamericana. El creciente y sostenido conflicto entre ellos afecta todas las otras disputas internacionales. Sin embargo, a diferencia de la guerra fría, que está constantemente en primer plano, el conflicto interno estadounidense —su “guerra fría civil”— permanece subestimado e incluso negado, enmascarado desde la izquierda por la preminencia del análisis clasista, desde la derecha por el fundamentalismo y desde el centro por el mito de la homogenización nacional.<sup>2</sup>

Por su parte, Alan Wolfe en su ensayo “Realidades cambiadas contra intereses creados” ubica los focos de la agrupación sociológica de intereses derechistas en dos sectores básicos:

---

<sup>2</sup> Carl Oglesby: “Una nación divisible”, trabajo inédito.

Dentro del gobierno, un grupo de planificadores políticos dedicados a preservar el espíritu de la guerra fría, se han solidificado en el Pentágono, los servicios armados, las agencias de inteligencia y otros buroes importantes. Ellos tienen, sin duda, un interés propio en mantener viva la guerra fría, pero también eran ideólogos que creían genuinamente en su anticomunismo y estaban dispuestos a proseguir con pasión cualesquiera que fuesen las consecuencias económicas de ello. En el sector privado, las corporaciones contratistas de la Defensa y otras grandes industrias manufactureras conectadas con ellas (caucho, acero, etc.) se cuentan entre los que apoyan altos presupuestos de defensa sobre la base de los supuestos de la guerra fría.<sup>3</sup> Pese a la amplísima bibliografía estadounidense que partiendo de distintas latitudes ideológicas insiste en la existencia de fracciones importantes, polarizadas y contrapuestas en la clase dominante norteamericana, numerosos investigadores en nuestro medio latinoamericano rechazan adentrarse en el estudio de esa problemática. Con el argumento de que la compleja red de interpenetración financiera entre unos sectores y otros imposibilita determinar la fisonomía estructural de fracciones en la burguesía norteamericana, y con la aceptación *a priori* de lo que Oglesby denomina Del mito de la “homogenización nacional”, estos académicos optan, dado “o trabajoso” de la tarea, por aceptar la supuesta existencia de un consenso burgués sólido, sin fisuras ni programas alternativos y contradictorios. Las consecuencias para la práctica política de quienes acepten esta acomodaticia posición intelectual, son las de renunciar a la búsqueda de puntos coincidentes con ciertos sectores de decisivo peso en la clase dominante, que pudieran contribuir por motivos propios a cerrar el paso a los círculos más aventureros del gran capital. Los principales grupos financieros y de mayor nivel de transnacionalización impusieron nuevamente en la elección de 1976 a su candidato: James Carter. La tarea que se le asignaba al nuevo Presidente era harto compleja: restañar las heridas internas del “síndrome” de Vietnam, Watergate y las revelaciones sobre la CIA; enfrentar los embates de la crisis económica y su repercusión social interna e internacional; buscar paliativos y fórmulas de reacomodo con que enfrentar las demandas del Tercer Mundo y recuperar la iniciativa política en esa área (particularmente en África y el Medio Oriente); ejercer el poder atendiendo los rocamboles de los distintos sectores de la élite con un sentido de consenso.

La propia selección de Carter (hombre religioso, poco conocido, sureño), por la Trilateral como candidato a la presidencia, la composición y posterior evaluación de su Gabinete y las políticas que puso en práctica durante su

---

<sup>3</sup> Holly Sklaar: *Trilateralism*, South End Press, Boston, Mass, 1980.

mandato, indican que el establishment consideró inicialmente que la proyección de un Presidente de imagen populista y de políticas y retórica liberales era la mejor fórmula para capear la crisis. Sin embargo, la persistencia de los problemas, así como el estallido de nuevas crisis (Etiopía, Afganistán, Kampuchea, Nicaragua, Granada y muy especialmente Irán y la “crisis de los rehenes”) fueron fortaleciendo las posiciones de aquellos que dentro de la propia Trilateral clamaban por una derechización y un mayor acercamiento a las posiciones del otro sector emergente y de mayor agresividad de la clase dominante.

Esta derechización de la clase dominante (no de las masas) se hizo evidente cuando finalmente la ultraderecha política, reflejo en esa esfera de los intereses de los sectores más agresivos del gran capital, logró imponer a Ronald Reagan en las primarias del Partido Republicano. Desde el frustrado esfuerzo electoral de Goldwater en 1964, y descontando la contradictoria figura de Richard Nixon, no habían avanzado tanto.

La nominación de Reagan constituía un claro índice de la derechización de la clase dominante y su élite de poder en su conjunto. Su elección popular en 1980, sin embargo, apenas reflejó el voto negativo (en las urnas o por abstención electoral) contra la gestión de Carter, marcada por su incapacidad para sacar al país de la crisis económica, el endurecimiento progresivo, los reveses de su política exterior y la debacle en Irán.

Desde el punto de vista del voto popular, la elección de Reagan en 1980 podría parecer un “accidente”, un movimiento pendular y transitorio de la política norteamericana. Sin embargo, desde el punto de vista del terreno ganado por el sector más chovinista y agresivo del gran capital, la elección era la posibilidad de iniciar un viraje de la distribución nacional de poder en el seno de la élite, así como de consolidar su tendencia global hacia la derecha, a la vez que se trataba de desplegar una influencia ideológica en las grandes masas.

Es a la luz de esa lucha por el poder real de estos sectores elitistas frente al *establishment* tradicional que hay que desentrañar el verdadero significado de la administración Reagan y hacer el balance de su gestión durante estos cinco años.

## LA “REVOLUCIÓN CONSERVADORA” DE LA NUEVA DERECHA

Al expresarse con mediana claridad, Samuel T. Francis, uno de los ideólogos del movimiento de la nueva derecha, definía con precisión en 1981 el objetivo estratégico de la administración Reagan como expresión política del sector más reaccionario y agresivo del gran capital:



...la nueva derecha no es una fuerza conservadora, sino más bien radical o revolucionaria.. Procura el desplazamiento de la élite atrincherada, el relegamiento de su ideología de liberalismo y cosmopolitismo y, así, su propia victoria como una nueva clase gobernante en los Estados Unidos. La nueva derecha puede tener estas ambiciones porque, a diferencia de la vieja derecha, tiene una base social viable en los “americanos medios radicales” y en la dinámica economía del *Sunbelt*.

Si la nueva derecha no es conservadora, entonces está claro que necesitará una nueva ideología que pueda racionalizar su lucha por el poder político y social. La justificación primaria de su lucha por el poder debe ser la corrupción y alienación de la vieja élite que busca desplazar. Esta élite y es claramente ajena a la mayoría de la nación en su estilo de vida, valores e ideales. Sin embargo, esos estilos de vida, valores e ideales no pueden ser simplemente descartados por esa vieja élite, ya que representan la proyección lógica de sus intereses estructurales. [...]. El problema fundamental, por tanto, no es la ética o ideología de la élite sino la élite misma, y es esa élite y su aparato de poder lo que debe constituir el blanco principal de la nueva derecha.<sup>4</sup>

Según Francis, el objetivo de la nueva derecha y su base social de “americanos medios radicales” no es otro que el derrocamiento de la presente élite y su sustitución con ellos mismos.

Este es un objetivo revolucionario y el reemplazo de una élite por otra casi siempre conduce a un renacimiento cultural, a nuevas y dinámicas fuerzas que alteran las ideas e instituciones.<sup>5</sup>

El cuatro de marzo de 1985, en un discurso a la Conferencia de Acción Política Conservadora, Ronald Reagan reafirmaba los conceptos de Francis: Creo que los conservadores hemos capturado el momento, hemos capturado la imaginación del pueblo norteamericano y ahora, ¿qué debemos hacer con nuestro éxito?

Ahora, con el pensamiento conservador ya aceptado como principal corriente de pensamiento [...] ahora debemos movernos. [...]. Yo hablé, en el discurso sobre “El Estado de la Unión”, de una segunda revolución americana; *ahora es el momento de lanzar esa revolución y velar porque prenda. Si nos movemos con decisión, estos años no serían simplemente un tiempo agradable, unos pocos buenos años, sino una verdadera era dorada de*

---

<sup>4</sup> Samuel T. Francis: “Message from MARS: the Social Politic, of the New Right. En *The New Right Papers*, St. Martin’s Press, N.Y., 1982.

<sup>5</sup> *Ibídem*.

*libertad. El momento es nuestro y debemos capturarlo. Hay trabajo por hacer.*<sup>6</sup>

El equipo de Reagan no se percibe a sí mismo como una administración republicana pasajera, ni siquiera como la posibilidad de un prolongado período republicano en la Casa Blanca. En este sentido, el Partido Republicano apenas es el instrumento o trampolín que les ha permitido, después de coparlo básicamente, catapultarse a posiciones ejecutivas.

Los ideólogos de la nueva derecha, principal base de apoyo activo a Reagan, se autodefinen como líderes de un movimiento político y social de extrema derecha al servicio de un sector —el más reaccionario— del gran capital, y que se ha apoyado, en sus inicios, en la movilización de lo que denominan “americanos medios radicalizados” (individuos con un ingreso familiar anual entre los 36 000 y los 156 000 dólares, predominantemente del Suroeste y el Medioeste; con nivel educacional secundario y con edades entre los 30-40, o entre los 60-70). En general no son administradores o profesionales, sino mano de obra calificada o semicalificada. Los objetivos de este movimiento político-social, concientes sólo en sus principales ideólogos y dirigentes, son “la localización, privatización y descentralización del aparato administrativo de poder [...] no solamente el desmantelamiento de las burocracias corporativas, educacionales, sindicales y de medios masivos de información, sino su devolución a unidades de escala mucho más reducida y una reorientación de la incentivación federal (impuestos) de las unidades y jerarquías de gran escala hacia las más pequeñas y locales.”<sup>7</sup> Con ello se aspira al desmantelamiento de la estructura social en la que asienta su poder el viejo *establishment* elitista. La nueva derecha comprende claramente que el control formal del aparato político es imprescindible pero insuficiente para el desplazamiento y la sustitución de la vieja élite, por lo que se propone usar el poder político actualmente en sus manos como instrumento para crear una situación que propicie su progresivo apoderamiento del poder social real. Estos años los conciben, por tanto, como un tiempo de transición en el que valiéndose del poder político y con una ascendencia ideológica creciente, tanto sobre la élite en su conjunto como sobre crecientes sectores de las masas, obliguen a un traspaso del poder social real del viejo *establishment* a sus manos.

La nueva derecha promete al pueblo norteamericano un “nuevo orden social mejor que el pasado” cuya credibilidad interna estalló en la pasada década. La

---

<sup>6</sup> Ronald Reagan: Discurso a 1J1 Conferencia de Acción Política Conservadora, 4 de marzo de 1985.

<sup>7</sup> Samuel T. Francis: op.cit.

insatisfacción con el pasado es el pivote que emplean, utilizando una retórica nacionalista y populista para erosionar la posición del viejo *establishment* y para capturar los mecanismos del poder real: medios gubernamentales, sociales e instituciones académicas, sindicales, de prensa, financieras, jurídicas, etc.

Paralelamente a la crítica demagógica contra lo que denominan la “vieja élite”, la nueva derecha viene desarrollando fórmulas ideológicas propias con que captar la simpatía de amplios sectores. Estas fórmulas incluyen el énfasis en el crecimiento económico, una política exterior más nacionalista y agresiva y una reafirmación de valores éticos tradicionales en las áreas familiar y religiosa, entre otras.

Todo este proceso no sólo se dirige a influir y captar ideológicamente amplios sectores de la población (no únicamente los “americanos medios radicales”) para ir alejándolos del control ideológico-político que ejerce sobre ellos de modo hegemónico la “vieja élite”. La nueva derecha, al tiempo que propicia el desplazamiento de la fracción burguesa hegemónica, no la desafía abiertamente ni la hostiga más allá de ciertos límites, ya que no subestima ni desconoce su poder financiero y social. En realidad sus representantes tratan de profundizar la tendencia *global* hacia la derecha del conjunto de la clase dominante, influirla ideológicamente y hacerla aceptar los supuestos básicos de su lógica presentándose como guardianes de los intereses de la clase en su conjunto y no de una fracción de ella.

## TIEMPO DE TRANSICIÓN EN LO INTERNO

El objetivo estratégico de esta fracción emergente es emplear el recién adquirido poder en el aparato gubernamental para propiciar las condiciones que faciliten la progresiva erosión y el traspaso del poder económico-social real de manos del viejo *establishment* a las suyas. Este proceso requerirá algo más de una década para que se aprecien cambios decisivos, por lo que la nueva derecha (como expresión política de esta fracción burguesa ascendente) y la administración Reagan (como representantes gubernamentales de sus intereses e ideas) deberán procurar, ante todo, la permanencia de sus personeros e ideólogos en la Casa Blanca y el reforzamiento de su poder en el Congreso durante todo ese tiempo, a fin de mantener las riendas del poder gubernamental en sus manos y favorecer con ello la continuidad de ese proceso transicional.

De estos objetivos estratégicos se derivan una serie de movimientos tácticos:

a) *Hegemonización de la burocracia gubernamental*

Este proceso ya ha venido desarrollándose, de manera intensa, en el pasado quinquenio.

A partir de la facultad ejecutiva de designar el Gabinete, se inició un proceso de purga de los principales cargos (e incluso de simples funcionarios) en todas las ramas del Estado. Este proceso tuvo un carácter marcadamente acelerado y amplio dentro de las agencias y departamentos federales vinculados a la política exterior (Consejo Nacional de Seguridad, Departamento de Estado, CIA, USIA, etc.) con una insistencia abierta —cosa inusual en la política estadounidense— la filiación ideológica con el presidente Reagan (de donde surge el término “reaganistas”) para remplazar a los antiguos funcionarios. Lo nuevo en este proceso no es que una fracción burguesa hegemonice ideológicamente el aparato burocrático, sino que la filiación ideológica se exija abiertamente y se proclame de igual forma la progresiva exclusión de toda posición fundamental de poder de aquellos que no hubiesen compartido previamente la visión del mundo del nuevo equipo presidencial. Esto ha obligado al viejo *establishment* a intensificar la labor de captación e influencia sobre los nuevos funcionarios —haciendo uso de su inmenso poder económico y social— y a elevar las medidas de discreción en lo que a sus vínculos con ellos se refiere.

*b) Neutralización de la oposición legislativa*

La estrategia electoral de la nueva derecha y su proyecto de neutralización y progresivo control del Congreso pasa por tácticas partidistas;

——hegemonización progresiva (por la nueva derecha) del Partido Republicano, de modo que puedan servirse de él para su trabajo de influencia ideológica, tanto a nivel de masas como para promover a sus representantes políticos en las elecciones a todos los niveles.

——neutralización progresiva del Partido Demócrata como vehículo político de la oposición del viejo *establishment* no sólo profundizando la erosión de su otra acción popular, sino también captándolo desde adentro, ampliando el margen y peso del “ala conservadora” de aquel.

Como demostraron las convenciones de ambos partidos, en el último quinquenio la nueva derecha concluyó en lo fundamental el proceso de captura de las palancas de poder en el Partido Republicano, amplió el poder e influencia del ala conservadora del Partido Demócrata y comenzó e intensificó un proceso de emigración partidista del último hacia el primero.

Con ello las fuerzas de la fracción burguesa más reaccionaria y sus representantes políticos han mantenido básicamente la iniciativa y ofensiva electoral y política durante estos últimos cinco años.

Es notoria la capacidad de Reagan para vencer la oposición en el Congreso haciendo valer el peso abrumador de los “conservadores” de la vieja y nueva derecha en el Senado y las coaliciones temáticas, que establecen con sus iguales de la Cámara y los “demócratas conservadores” de ese cuerpo legislativo. La aprobación de los presupuestos militares, los cortes iniciales en gastos federales, la ayuda a El Salvador y la contrarrevolución en Nicaragua, la derogación de la Enmienda Clark, la aprobación de nuevos sistemas de armas (MX, Midgetman, armas espaciales, etc.) son ejemplos claros de que las fuerzas de oposición están a la defensiva en el Congreso.

### *c) Hegemonización del poder judicial*

Ronald Reagan ha designado ya 200 nuevos jueces de los 761 que componen el poder judicial. Se estima que cuando abandone la Casa Blanca más de la mitad de esa cifra serán nuevos -y jóvenes- jueces de ideología derechista. En lo que a la Corte Suprema se refiere, ya hay una designación reciente: la jueza O'Connor, de 55 años. Actualmente se considera que de los nueve, tres son claramente de derecha; cuatro oscilan su voto según el tema y sólo dos tienen un record relativamente liberal (estos últimos con 77 y 79 años, respectivamente). Es de esperar que entre los cinco jueces de los que ya tienen más de 75 años, se generen una o más vacantes antes de que concluya el mandato de Reagan, lo que le permitiría al Presidente (ya través de él a la nueva derecha) designar sus sustitutos y asentar, por muchos años en el futuro, una visión derechista en el máximo órgano judicial. Los 231 nuevos jueces designados son en un 80% hombres blancos con un ingreso anual superior a los 400 000 dólares. Sólo 16 de ellos son de origen negro o hispano.

El “endurecimiento” de la justicia, no obstante, es otra área en la que la nueva derecha ha podido explotar la frustración popular: el 87% de los estadounidenses opinan que las cortes deben ser “aún más duras con los criminales” y cerca del 80% apoya la pena capital.

Mientras que la administración Reagan se ha caracterizado por reducir los presupuestos de servicios públicos incrementó en un 46% los gastos destinados al Departamento de Justicia y la Policía, incluidos los grupos especiales de contrainteligencia.

(1 200 millones de dólares).

Sobre la base de esta red creciente de jueces derechistas, nuevas legislaciones y órdenes ejecutivas, en el último quinquenio la Administración ha venido generando un viraje del sistema judicial y policiaco. Ha habido un asalto progresivo y continuo al conjunto de legislaciones liberales que desde el New Deal -y pasando por el movimiento de derechos civiles-, se habían ido introduciendo como resultado de las luchas populares. Los derechos obreros, civiles, de las minorías étnicas, la mujer y otros sectores han sido revertidos progresivamente, a veces introduciendo nuevas regulaciones, en su mayor parte mediante nuevas reinterpretaciones y decisiones judiciales que sientan precedentes y pautas a causas subsiguientes. Para compensar esta actuación antipopular del poder judicial se ha producido simultáneamente un recrudecimiento de la represión contra los delincuentes comunes, no así contra los delitos “de cuello blanco”, como las estafas y otros.

Algunas estadísticas muestran hacia dónde va el peso represivo y a quiénes tiende a beneficiar el nuevo poder judicial en gestación:

- En 1980 había 24 153 personas en prisión. En 1985, 35 593.
- En 1980 las condenas promediaban cuatro años y cuatro meses. En 1985 promedian cinco años.
- El índice nacional de crímenes descendió. En particular el crimen violento descendió 9,5% entre 1981-1984.
- Las reclamaciones presentadas a las cortes en relación con igualdad de oportunidades laborales descendieron en 1/3, dadas las bajas expectativas de su solución positiva.
- Los conflictos laborales presentados descendieron en un 40% desde 1980 por igual motivo.
- Los casos *antitrusts* descendieron en 1/3 desde finales de 1970.

La histeria desatada en torno a un grupo de casos de supuesto espionaje está dando nuevo aliento a legislaciones aún más represivas por parte del Congreso que permitirán expandir en el futuro la arbitrariedad de la actuación policíaca y judicial al movimiento liberal de oposición a ciertas políticas gubernamentales, sobre todo aquellas tocantes a política exterior.

Este “legado” de Reagan se hará sentir en los Estados Unidos durante al menos dos décadas, aun cuando -en 1988 se produzca un viraje hasta ahora improbable hacia posiciones liberales.

d) *Medios masivos de difusión y movimientos sociales*

Aunque ha perdido algún impulso, la nueva derecha no ha dejado de promover diferentes movimientos de masas de corte social y “conservador” en torno a ciertos valores e instituciones.

La familia (el aborto, las costumbres sexuales menos libertinas, el fortalecimiento de la pareja, las campañas antipornográficas, etc.), la religión (el rezo en las escuelas, la promoción de predicadores de ultraderecha como Jerry Falwell), así como otras instituciones y valores “tradicionales” afectados por el radicalismo político y cultural de la segunda década de los 60 y primera de los 70, se revitalizan ahora desde una perspectiva ideológica fundamentalista —fanática en lo religioso y ultraderechista en lo sociopolítico. Esto se implementa a través de toda una serie de movimientos sociales y de campañas ideológicas muy bien financiadas por los sectores de la nueva élite, que acusan al viejo *establishment* y a su estilo liberal europeo de haber permitido el deterioro de la moral y las costumbres durante las últimas dos décadas.

Por otro lado, la nueva derecha, que ya a finales de la pasada década había avanzado sustantivamente en hegemonizar los medios de prensa locales, amparada por la supresión de regulaciones que ha introducido desde las correspondientes agencias federales, como la FCC, efectúa los primeros intentos por apoderarse de las grandes cadenas radiales y televisivas para imprimirle un contenido mucho más “conservador”, al tiempo que lanza una campaña intimidatoria contra las establecidas acusándolas de parcialidad izquierdizante con el fin de obligarlas a presentar una imagen más “conservadora”.

Con este esfuerzo se inicia el proceso de intentar desplazar al viejo establishment del control de la gran prensa, instrumento cardinal en la manipulación ideológica y social de las grandes masas en los Estados Unidos. A su vez, un rasgo característico del ambiente cultural de este quinquenio ha sido la entronización, a través de diversos medios, de una sicología masiva de guerra y un fetichismo militarista..

En su ensayo “Cultura armamentista”<sup>8</sup> el sociólogo británico Robin Lucicham llama la atención sobre las diversas vías y mecanismos empleados para manipular la opinión pública y propiciar una cultura belicista principalmente entre la nueva generación que no vivió los años de la guerra de Vietnam y su

---

<sup>8</sup>Robin Lucicham: “Armament Culture”. En *Alternatives*. Vol X. No.1, summer 1984. World Policy Institute, Centre for the Study of Development Societies.

oposición doméstica, pero que si recuerda la caída de Saigón, los “rehenes” en Irán y otros episodios relacionados con la impotencia y la frustración de la política exterior norteamericana.

En ese proceso participan desde el bombardeo de artículos, filmes, videos, programas televisados, discursos, actividades comunitarias y religiosas destinados a revivir el “nuevo patriotismo” hasta la invasión de juegos electrónicos de guerra computarizados (Atari, etc.) y la sutil inclinación de la moda juvenil por los jackets, pantalones, camisas e insignias militares. Si bien estos factores ocasionalmente responden a campañas bien organizadas y financiadas, en su inmensa mayoría son espontáneas pero viabilizadas e impulsadas por el medio político-ideológico que las propicia.

Por otra parte, resulta realmente impresionante la fuerza que, en una sociedad tradicionalmente liberal como la norteamericana, han alcanzado movimientos sociales de visión totalizadora que propugnan —y de modo creciente logran— la exclusión de ciertos libros y autores de las bibliotecas, la supresión de determinados contenidos en los programas de enseñanza científica y otros pasos no menos preocupantes.

No obstante estas realidades, las aseveraciones provenientes de la ultraderecha en el sentido de que ya se ha producido un viraje de las mayorías hacia sus posiciones (como, dicen, demuestra la aplastante victoria electoral de Reagan) parecen inexactas. Lo que demuestran las encuestas es que la opinión pública se ha deslizado hacia la derecha en *ciertos tópicos* y mantiene posiciones moderadas o liberales en otros.

#### e) *Política económica interna*

Conocedora de que sólo una bonanza económica inmediata garantizarla su prórroga en la Casa Blanca, desde su ascenso en 1981 la administración Reagan puso en práctica una política tendiente a obtener resultados inmediatos al precio de poner en peligro, a mediano y largo plazo, al conjunto de la economía norteamericana.

Durante su primer mandato Reagan se concentró en enfrentar y superar la recesión 1980-1982; controlar la inflación; estabilizar (aunque fuese a un nivel relativamente alto) el índice de desempleo y generar el crecimiento de la economía.

Para obtener esos objetivos, estableció una política monetarista restrictiva, profundizó el drenaje financiero despiadado de sus aliados y el Tercer Mundo, sobrevaloró el dólar, eliminó las regulaciones de las regimentaciones de control ambiental, salariales y otras que gravaban los costos de producción,



redujo los gastos federales de bienestar social e inició una espiral armamentista sin precedentes.

Esa política resultó exitosa, particularmente durante 1983 y le aseguró su reelección. La inflación se redujo a un 3-4%; el desempleo se estabilizó en un 7-8% y la economía llegó a crecer hasta un 8% (en su climax).

Este éxito, logrado a costa de ampliar y profundizar la miseria de millones de personas en los Estados Unidos y el Tercer Mundo, benefició a la clase dominante en su conjunto (unos hicieron pingüe ganancias con la especulación financiera, otros con la carrera armamentista, todos con la supresión de regulaciones, las disposiciones antilaborales, etc.), así como a amplísimas capas de las clases medias.

El talón de Aquiles de este “milagro” económico es la oscura e imprecisa línea que define el límite hasta el que puede llegar el endeudamiento del gobierno federal y el drenaje de capitales de sus aliados y el Tercer Mundo sin hacer desplomarse el mundo financiero internacional y con él la economía norteamericana y occidental.

La luna de miel del conjunto de la clase dominante con Reagan en 1984, dados sus 'éxitos' económicos principalmente y de política exterior (Granada), podría estar entrando en un tiempo difícil ante la creciente preocupación del viejo *establishment* con la insensibilidad y falta de visión perspectiva de los inminentes peligros del actual curso.

Estas fricciones se incrementan con el nuevo “asalto” sobre el viejo *establishment* que representaría una reforma del sistema de impuestos diseñada de modo tal que signifique una redistribución de riqueza entre las principales fracciones en pugna de la clase dominante, a la vez que capte el apoyo y simpatía de amplios sectores beneficiados (o, al menos, no afectados) de la clase media.

En la disminución de la autoridad del gobierno central (eliminación de regulaciones) y con ella del poder burocrático del viejo *establishment* así como en el proyecto de una “reforma tributaria” que permita la progresiva erosión económica de aquella en beneficio de la fracción burguesa ascendente, está el centro filosófico de la política económica interna, la cual requiere por su naturaleza de un ritmo más lento de transformación que la hegemonización burocrática.

## TIEMPO DE TRANSICIÓN: POLÍTICA EXTERIOR

En materia de política exterior el objetivo estratégico de las fuerzas que sustentan a Reagan es asegurarse un nuevo y privilegiado lugar en la

explotación de la actual división internacional del trabajo, preservando y ampliando su acceso a materias primas, mano de obra y mercados internacionales. Con sus capitales invertidos eminentemente en territorio continental, sus puentes principales de ganancias provenientes de la espiral armamentista y su ultrareaccionaria base sociopolítica, promueven una política más agresiva y chovinista que los principales actores de su contraparte trilateralista. Su proyección exterior no se limita al profundo anticomunismo de la “vieja derecha”, sino que lo contiene y lo expresa bajo la forma de un nuevo nacionalismo patriótico que se proyecta agresivamente no sólo contra regímenes marxistas o de orientación socialista, sino también contra todo aquel —incluso entre sus más cercanos aliados— que pretenda anteponer sus intereses y soberanía a los de Estados Unidos.

En esta dimensión, no dejan de suscitarse fuertes discrepancias con la fracción más transnacionalizada y trilateralista de la burguesía, ya que por la propia estructura y naturaleza de su capital, este viejo *establishment* es más proclive a una visión más multilateralmente globalista, menos unilateral de la política exterior, al tiempo que dentro de ciertos límites procura el reacomodo y reajuste progresivo del orden mundial que ella domina, conjuntamente con otras fracciones transnacionalizadas del capital financiero de los principales centros capitalistas desarrollados.

El nacionalismo recubre y contiene ahora al viejo anticomunismo como ideología preferida para legitimar la política exterior. Si la vieja derecha insistía en acusar a Torrijos de comunista. Reagan y la nueva derecha emplean argumentos más atractivos para el público: el Canal lo construimos, pagamos por él y, por tanto, es nuestro. De igual modo, el terrorismo y el narcotráfico se identifican como agresiones contra el ciudadano común norteamericano; los regímenes y movimientos revolucionarios se equiparan con terroristas y narcotraficantes, ya que de ese modo es muy difícil movilizar el apoyo popular basado en el sentimiento nacional que con la simple acusación de ser un régimen comunista.

Al decir de Samuel T. Francia, “ideológicamente, la actual élite (el viejo *establishment*) desconfía del nacionalismo y favorece el internacionalismo y la grandes organizaciones regionalistas (la ONU, Mercado Común, *Commonwealth* británico, Comunidad Atlántica, etc.) [...] En contraste, los productores de menor tamaño situados en el *Sunbelt* requieren protección contra importaciones baratas y acceso a materias primas y recursos del Tercer Mundo, y están menos comprometidos con la estabilidad internacional que con el continuo predominio de los Estados Unidos. La política exterior de la nueva derecha, que refleja los intereses y valores de su base social de “americanos medios radicalizados” y nuevos empresarios del *Sunbelt* tiende a

endosar un nuevo nacionalismo que insista en la preeminencia militar y económica de los Estados Unidos en un activismo internacional (incluso expansionismo) en la arena mundial, en alguna medida de protección a los productores domésticos y en una mucho mayor resistencia a la arrogancia, agresión y barbarismo del Tercer Mundo”<sup>9</sup>

Francis expresa claramente que no se trata sólo de enfrentar al socialismo sino “de responder también a las crecientes amenazas no comunistas”. Desde su punto de vista —que es el de la administración Reagan— “la razón fundamental de la caída de Vietnam, la retirada de los Estados Unidos de Angola, la traición a Somoza, la deserción de Taiwán y el colapso del Shah, así como el debilitamiento de nuestros compromisos con otros aliados del Tercer Mundo, radica en la incapacidad de la actual élite para lidiar de manera eficaz con las a menudo brutales realidades del Tercer Mundo, en el fracaso de las fórmulas liberales de la élite para racionalizar políticas necesarias y deseables para enfrentar esas realidades y en la preferencia de esa élite de lidiar con otras élites similares a ella misma en distintas regiones desarrolladas”<sup>10</sup>

### Política económica

La nueva política exterior se caracteriza en lo económico por anteponer más que nunca antes los intereses de la economía norteamericana a los de sus aliados y el Tercer Mundo, lo que legitima su chovinismo con la consigna de que la economía norteamericana será la locomotora. Esta posición se expresa en el egoísmo proteccionista, las presiones comerciales sobre sus aliados, la sobrevaloración del dólar y el drenaje financiero (a través, principalmente, de las altas tasas de interés y pagos de la deuda externa de esos países), a la vez que se ha agudizado aún más el deterioro de los términos de intercambio mundial en detrimento de los países subdesarrollados. Los Estados Unidos han asumido esa política, al tiempo que han desechado toda perspectiva de hacer concesiones a las demandas contenidas en el programa del Nuevo Orden Económico Internacional; han rehusado firmar la Convención sobre Derechos del Mar; han rechazado las peticiones de reexaminar el presente orden monetario internacional y se han negado a un análisis de fondo del problema de la deuda externa. Esta explotación despiadada de los recursos financieros, comerciales y naturales de sus aliados (principalmente los del Tercer Mundo)

---

<sup>9</sup> Samuel T. Francis: op.cit.

<sup>10</sup> Ibíd.

se acompaña, por tanto, de un recrudecimiento de las ya infrahumanas condiciones de existencia de vastos sectores en esos países y de su general estándar de vida, lo que genera y atiza nuevos y viejos conflictos sociales y promueve situaciones prerrevolucionarias próximas al estallido social. Frente a los conflictos que su política fomenta en el Tercer Mundo y que, cualquiera que sea su origen —marxista o nacionalista— la Casa Blanca percibe como oportunidades a la política expansionista de la URSS y sus aliados, los Estados Unidos se hallan abocados también a una transición.

## TRANSICION DE LAS DOCTRINAS POLÍTICO-MILITARES

### A) Respecto al campo socialista

En una conferencia el secretario de Estado George Shultz expresó que hasta el ascenso de Reagan la posición de la URSS —aceptada por Occidente— se resumía en lo que ya es nuestro será nuestro; lo que es de ustedes es de quien lo agarre. Según Shultz, con Reagan ya no se aceptará más que lo que cayó en manos del comunismo no sea reversible y se defenderá a toda costa al resto de caer en sus manos.

Según esta filosofía política, no hay *statu quo* sagrado en la arena internacional.

Sin embargo, según la práctica seguida por Reagan en estos cuatro años y medio, y de acuerdo a la información de que disponemos sobre los criterios internos de su Administración, esto no implica que los Estados Unidos hayan retornado —en lo que a la URSS y Europa socialista respecta— a una política de “reversión” (*roll-back*) a ultranza. Se trata más bien de la continuación y profundización de la conocida política de “trato diferenciado y erosión interna” para cada uno de estos países en la perspectiva de fomentar un proceso de progresiva separación de cada uno de ellos frente a la URSS y al Tratado de Varsovia.

Dentro de ese contexto, no obstante, se retoma la filosofía de la reversión en el sentido de que los Estados Unidos se lanzan a la búsqueda de la superioridad militar estratégica, lo que implica “zafarse” en el campo diplomático de los tratados internacionales de control de armamentos que —como Salt II y ABM— obstaculizan ese rumbo, al tiempo que inician una campaña político-ideológica en el marco del XL aniversario de la derrota del fascismo con el objetivo de reinterpretar el significado de Yalta y los acuerdos interaliados de la posguerra.

El equipo Reagan desea preparar las bases militares y políticas que, idélicamente, permitirían en el futuro ejercer de modo efectivo el chantaje

nuclear a la URSS, de surgir las nuevas crisis políticas en países de Europa socialista que intentan alimentar desde ahora.

En el “nuevo escenario” de superioridad militar estratégica al que aspiran, los Estados Unidos podrían “reintroducir” su arsenal nuclear en el mundo efectivo de la política, ya que en las actuales circunstancias de paridad relativa el chantaje nuclear carece de credibilidad en la medida en que implica una “destrucción masiva” asegurado para ambos contendientes. Ese nuevo escenario internacional requiere igualmente de un contexto jurídico “reinterpretado” y compartido con sus aliados que no reconozca inmutables las realidades europeas de la posguerra, a fin de que la OTAN pueda cumplir un papel injerencista y de presión directa en la generación, evolución y desenlace de cualquier crisis política en Europa socialista.

Lo que se está planificando no es la inevitabilidad de la guerra nuclear. Para Reagan y la mayoría de la nueva derecha una guerra nuclear, en las actuales circunstancias, debe ser evitada. Lo que se prepara de modo sistemático en este nuevo escenario es que la superioridad militar-estratégica de los Estados Unidos permita su empleo eficaz en la política (chantaje), obligando supuestamente al socialismo a un repliegue general.

Si bien no se desea la guerra nuclear (y hasta puede desearse evitarla), con esta política sin lugar a dudas se hace mucho más probable que en el pasado. Por ese camino “lo probable” puede convertirse en inevitable no sólo por voluntad expresa sino incluso por incertidumbre, error de cálculo o accidente. Hay actualmente, por tanto, la combinación de una aplicación más agresiva de la doctrina de contención, (*containment*), dada por la inexistencia actual de las condiciones requeridas por los Estados Unidos (superioridad militar y erosión y reinterpretación de compromisos como Yalta. Salt II, etc.) para intentar otra cosa —con un trabajo militar, diplomático e ideológico dirigido a la creación de dichas condiciones, de modo de poder pasar en el futuro mediano del *containment* al *roll-back* de presentárseles una oportunidad histórica para ello en cualquier país socialista.

Por otra parte, la transición doctrinal en lo militar (de la “paridad estratégica” a la superioridad estratégica.) por parte de los norteamericanos es el obstáculo decisivo para cualquier negociación de armamentos o conferencia cumbre.

Mientras insistan en el rumbo actual, las propuestas norteamericanas estarán invariablemente encaminadas a lograr mantener la superioridad en aquellas áreas donde la tienen y reducir y sobrepasar a la URSS en aquellas donde van al frente, mientras, simultáneamente, se pone a punto la Iniciativa de Defensa Estratégica (IDE) que, conjugada con la introducción de los MX, los proyectiles “Crucero”, “Pershing”, su despliegue en submarinos nucleares tipo “Trident” y el desarrollo de cohetes de alcance intermedio en Europa,

darles a los Estados Unidos la posibilidad de un golpe nuclear sorpresivo y devastador contra la fuerza nuclear de respuesta soviética. de tipo balístico intercontinental en tierra a (BM).

Los norteamericanos han ido hasta ahora (noviembre de 1985) a Ginebra esencialmente a dialogar más que a negociar. Las fórmulas “negociadoras” que han presentado hasta el presente (diciembre 1985) no tienen en cuenta los intereses esenciales de la otra parte, sino más bien demandan la drástica reducción de aquellas áreas en la que la URSS mantiene alguna ventaja relativa, mientras pretenden mantener la suya en otras y se niegan a toda restricción sobre la investigación, desarrollo y despliegue de la nueva generación de armas espaciales.

No es inconcebible que los Estados Unidos se pronuncien a favor de alcanzar acuerdos de reducción en distintos tipos de armas, pero para ello las fuerzas más agresivas del “complejo militar-industrial” han estado exigiendo hasta ahora que se haga sobre tres premisas: a) mantener y/o mejorar las áreas de ventaja norteamericana; b) reducir cualquier ventaja que la URBS pudiera tener en otras áreas para desequilibrar la paridad estratégica; c) no comprometer la investigación y producción de nuevas armas — particularmente las espaciales— que amplían la ventaja estadounidense.

En línea con esas presiones del “complejo industrial militar” y las fuerzas que en torno a él se nuclean las concesiones hechas hasta el presente (diciembre de 1985) por Reagan en áreas secundarias (disposición a dialogar, reactivación de intercambios culturales, etc.) se dirigen a desmovilizar la ya debilitada oposición pacifista en materia de control de armas a su gobierno; a procurar mantener una imagen flexible y razonable y, sobre todo, a ganar tiempo mientras se intensifican las investigaciones y se desarrollan la IDE y otras armas nucleares y convencionales.

En ese contexto, el esfuerzo de la Casa Blanca por renovar “las esperanzas” con encuentros en la Cumbre mientras, a la vez, se disminuye las expectativas de resultados para cada una, sirve directamente a esa táctica de ganar tiempo y desmovilizar la oposición, por lo que la URSS ha declarado que le resulta inaceptable prestarse a ese juego y ha exigido que la Cumbre prevista para 1986 tenga resultados concretos *so pena* de no asistir a la misma, al tiempo que ha declarado su voluntad paralela de preparar ese evento incluso con reuniones al más alto nivel cimero en un tercer país.

*b) En relación con las revoluciones en la periferia capitalista*

En esta área —que incluye aquellas revoluciones que ya han triunfado y no se consideran claramente parte del campo socialista. (Nicaragua, Afganistán, Granada, Angola, etc.) —se estima posible iniciar de inmediato (lo cual han

hecho ya) la política de reversión casuística allí donde se presente la “oportunidad”.

Actualmente los Estados Unidos no están “dispuestos” a aceptar estas realidades revolucionarias, como no están “dispuestos” a permitir nuevas victorias revolucionarias —sean o no de orientación marxista— en El Salvador u otros países.

En resumen, los Estados Unidos desean hacer suya la lógica.

que Shultz farisaicamente le atribuye al campo socialista: “lo que es nuestro seguirá siéndolo; lo de ustedes es de quien lo agarre”.

En el período posterior a la guerra de Vietnam, sin embargo, el intervencionismo norteamericano, uno de los principales instrumentos de la política de *roll-back* ha debido reajustarse a la estrategia del llamado “conflicto de baja intensidad” (*intensity conflict*).

Según los propios funcionarios de la administración Reagan, el sentimiento actual del público norteamericano se resume en la sentencia: “No queremos nuevas Cuba, pero tampoco nuevos Vietnam”. Según este apotegma, la mayoría del pueblo norteamericano no descarta que ocurrieran nuevas revoluciones del carácter de la cubana, pero no está dispuesta nuevamente a pagar el precio de Vietnam por evitarlas.

La Administración considera tener la respuesta adecuada al afirmar que no permitirá nuevas Cuba y que no será necesario esta vez pagar el alto precio de Vietnam. “No habrá un nuevo Vietnam”, dicen, “porque esta vez ganaremos”. En el terreno militar la respuesta es el “conflicto de baja intensidad”, que puede escalar hasta la intervención militar directa. Todo el diseño del mismo, sin embargo, apunta precisamente a evitar la utilización de personal norteamericano en dichos conflictos, por lo que en esencia se procura sostener la guerra con fuerzas mercenarias locales organizadas, financiadas y apoyadas por los Estados Unidos.

Los requisitos que requiere la intervención directa de fuerzas norteamericanas (de llegarse a hacer inevitable su uso) para, ajustarse a la actual realidad política estadounidense, son los siguientes:

—— debe ser una guerra relámpago; que no exceda más de dos meses en alcanzar una victoria militar tangible, a fin de respetar el Acta de Poderes de Guerra. (War Power Resolution) que autoriza al Presidente a involucrar a las fuerzas armadas en combate durante sesenta días sin requerir para ello la autorización del Congreso.

—— debe librarse con fuerzas regulares norteamericanas (particularmente sus “fuerzas especiales”, rodeadas de mayor secreto) sin requerir la

reimplantación del Servicio Militar Obligatorio ni la movilización de la reserva.

— debe procurarse tener el menor número de bajas posibles y mantener esa cifra en el mayor secreto. Para ello la intervención debe basarse principalmente en apoyo aéreo, naval, artillero, logístico, represivo y de inteligencia, evitando el uso de la infantería norteamericana y empleando en su lugar fuerzas armadas aliadas, locales o regionales.

— debe impedirse el acceso de la prensa internacional, particularmente la norteamericana Y, en especial, la televisada, a la zona de conflicto a fin de evitar el impacto político-psicológico de sus reportajes gráficos en el público norteamericano y mundial. El Pentágono ya, ha dictado reglamentos que regulan el acceso, que queda restringido a un *pool* de 2-11 periodistas de todos los medios de difusión norteamericanos, cuyos nombres deben ser mutuamente convenidos y que deberían moverse bajo el control del comando norteamericano.

Un modelo exitoso de conflicto de baja intensidad llevado hasta su última fase hubiera sido Granada, pero las circunstancias excepcionales que allí se presentaron le invalidan como tal.

Sin embargo, el “conflicto de baja intensidad” no se reduce a la intervención militar directa de los Estados Unidos. De hacerse necesaria y producirse finalmente, es más bien el último e “indeseable” escalón. En realidad, este conflicto de baja intensidad se concibió precisamente para obtener los objetivos que se persiguen sin necesidad de recurrir a la intervención directa..

El *roll-back* en la periferia capitalista pasa primero por las presiones externas (políticas, diplomáticas, económicas) e internas (basándose en las fuerzas reaccionarias locales). De persistir el rumbo revolucionario, se procura la organización militar y política de la contrarrevolución a la que se le ofrece apoyo desde el exterior e incluso en el terreno; esto da inicio a la primera fase del “conflicto de baja intensidad”.

Sólo cuando la combinación de presiones diplomáticas, económicas y militares ha fracasado en lograr la reversión del proceso o en conducir a la dirección revolucionaria a cometer errores estratégicos en la forma de concesiones, debilitando así su autoridad y creándose las condiciones propicias para nuevos retrocesos hasta la desnaturalización o capitulación de la revolución, los Estados Unidos deberán tomar la decisión final de acomodarse o pasar al último escalón del “conflicto de baja intensidad”: la intervención militar directa sobre la base de los requisitos apuntados. Por otra parte en sus fases iniciales este diseño persigue también el propósito de erosionar, desgastar económica, militar y políticamente a sus víctimas



(“política de las cien flechas”) de manera de impedir el ascenso de los revolucionarios al poder (El Salvador, por ejemplo) o su consolidación en el mismo (Nicaragua., Angola., Kampuchea). El logro de estos objetivos es ya considerado una significativa victoria, aunque ello, a su vez se asuma como una victoria parcial en el camino hacia el objetivo estratégico de la reversión plena del proceso.

Según la definición de la Casa Blanca, “victoria es la ausencia de derrota”. Los Estados Unidos están desarrollando hasta ahora el “conflicto de baja intensidad” en Angola., Kampuchea, Afganistán. El Salvador y Nicaragua.. Resulta claro que en el caso de Afganistán es militar y políticamente imposible escalarlo hasta la intervención directa. En Angola podrían hacerla de modo indirecto a través de Pretoria, pero el teatro de operaciones y el escenario político que tendrían que enfrentar internacionalmente hacen del paso al último escalón una empresa de dudosos resultados. En Nicaragua, y bajo otra modalidad en El Salvador, con el apoyo al poder establecido bajo un proyecto contrainsurgente, es que el “conflicto de baja intensidad” está llegando a los límites de su penúltima fase y requerirá, en el futuro cercano, de decisiones finales debe o no pasar a su última etapa.

Es importante destacar que cuando las actividades del conflicto de baja intensidad se desarrollan por miembros de las “fuerzas de operaciones especiales” del Pentágono no tienen que rendir cuentas al Congreso de su actividad, como ocurre con la CIA.

El que el conflicto de baja intensidad sea la modalidad militar que será empleada para aplicar la política de *roll-back* en la periferia capitalista resulta cada vez más claro en medios del Pentágono, y ello está generando un debate sobre la reorganización de las fuerzas armadas estadounidenses.

Desde 1981 la administración Reagan ha más que triplicado sus “fuerzas de operaciones especiales”, ha incrementado en un 30% su personal (32 000 hombres, contando las reservas) y ampliado y modernizando su pertrechamiento.

En el pasado las tácticas de insurgencia (guerrilleras) en función de objetivos contrainsurgentes o empleadas contra poderes revolucionarios establecidos habían tenido un empleo limitado por parte de las fuerzas armadas norteamericanas, aun cuando habían sido ocasionalmente utilizadas —con apoyo de Washington— por fuerzas contrarrevolucionarias locales (el Escambray en Cuba, por ejemplo). Hoy se amplía el número de los distintos contingentes de la CIA y el Pentágono entrenados en tácticas de insurgencia (boinas verdes, *rangers*, *Delta Force* etc.) y se ha debatido ya su integración

en un solo cuerpo de ejército equivalente al de la fuerza aérea, marina de guerra o ejército regular de los Estados Unidos.

Por otra parte, esta nueva estrategia militar (usar la insurgencia en función de la contrainsurgencia a través del “conflicto de baja intensidad”) se comienza a proyectar en la reorganización de las fuerzas armadas latinoamericanas, como se percibe en El Salvador.

*El conflicto de baja intensidad, la “doctrina de la batalla aeroterrestre” y la erosión conceptual del límite entre guerra convencional y nuclear*

Entre los conceptos que integran la doctrina del “conflicto de baja intensidad” está el empleo de bombas nucleares tácticas (“de mochila”) y de neutrones para lo cual hay tropas especializadas (como *Delta Force*) entrenadas en su empleo y equipadas con ellas.

El esfuerzo por presentar la bomba neutrónica como un arma “no nuclear” y concebida para ser empleada en conflictos convencionales sin escalar a una confrontación nuclear tiene la intención de preparar psicológicamente a la opinión pública para que acepte su uso con vista a “neutralizar” a un enemigo bien fortificado y evitar las pérdidas de vidas norteamericanas que esto supone en caso de tener que enfrentarlo con armamento convencional. Asimismo es un velado “mensaje” al campo socialista con el que se pretende que el empleo de este tipo de armas contra un aliado suyo no se interprete como un “ataque nuclear” que obliga a la URSS a una represalia de igual naturaleza.

Como señala Michael T. Klare en su artículo “Asegurando la brecha de fuego”,

la decisión de la OTAN en mayo de 1984 de desarrollar armas convencionales con un poder destructivo similar a aquellas armas nucleares tácticas de menor intensidad, el almacenamiento de municiones neutrónicas de baja intensidad para cañones Howitzer de 8 pulgadas (actualmente desplegados con las fuerzas norteamericanas en Europa.) el continuo desarrollo de municiones neutrónicas aún menores y más ampliamente dispersas en las piezas de artillería, la sustitución de cañones y aviones “no nucleares” por otros de “capacidad dual” (equipables nuclear y convencionalmente) y la adopción de estrategias tales como la “Doctrina de la Batalla Aeroterrestre” (*Air-Land Battle Doctrine*) —que enfatiza la integración de las fuerzas nucleares y no nucleares en el escenario de batalla futuro— son sólo algunos de los cambios en la estructura militar y la estrategia de los Estados Unidos que representan un asalto sistemático a la estabilidad de la “brecha de fuego”.<sup>11</sup>

---

<sup>11</sup> Michael T. Klare: “Securing the Firebreak”. En *World Policy journal*, vol. II, no 2, Spring 1984.

Si la “brecha de fuego” (clara distinción entre la confrontación convencional y la nuclear) se erosiona hasta hacerse nebulosa y equívoca, la inhibición contra una escalada nuclear —comenzando por estas armas “fronterizas” hasta llegar a las megatómicas— va debilitándose y el riesgo del holocausto nuclear se hará más cercano.

La posibilidad de que una confrontación nuclear total en los Estados Unidos y la Unión Soviética se inicie a partir e empleo de estas armas nucleares “fronterizas” contra algún aliado de la Unión Soviética, se deja ver translúcidamente cuando los propios militares norteamericanos reconocen que tanto la doctrina de la batalla. aéreo-terrestre como el diseño la producción de estas nuevas armas se hicieron pensando Europa Oriental como posible escenario combativo, así como en países del Tercer Mundo cuyo grado de efectividad militar y armamento convencional hagan impagable el precio de una agresión estadounidense. Las armas fronterizas, supone evitarán “un nuevo Vietnam” garantizando la victoria Washington.

## LA NUEVA ELITE, LA ADMINISTRACIÓN REAGAN y EL FASCISMO. CONCLUSIONES

### *Aspectos conceptuales*

El empleo del calificativo fascistas a la política de administración Reagan y a sus principales personeros, así como la advertencia sobre un peligro de esa naturaleza en los Estados Unidos, genera invariablemente polémicas. ¿Es fascista la administración Reagan? ¿Es fascista su política exterior? ¿Hay un peligro fascista en los Estados Unidos?, requiere de una serie de precisiones conceptuales a fin e rebatir los mitos tradicionales en torno al fascismo antes e pasar a responder estas interrogantes. Recordemos la definición clásica del XIII Plenario del Comité Ejecutivo de Internacional Comunista (1935): el fascismo es “la dictadura terrorista abierta de los elementos más reaccionarios, más chovinistas y más imperialistas del capital financiero”.

Retomemos ahora los puntos de partida en nuestro análisis:

1. Por fascismo entendemos, esencialmente, el poder de los elementos . más reaccionarios, chovinistas e imperialistas del capital financiero y la imposición dictatorial (por neutralización y/o supresión de la oposición) de su política sobre los otros sectores de la clase dominante y la sociedad en su conjunto.
2. Las formas de ascenso al poder (democráticas o inconstitucionales), el nivel y formas de la represión que ejerzan estos grupos, la existencia de

un partido único o la hegemonización política dentro de un sistema pluripartidista, dependerán de la situación externa e interna histórico-concreta del país en cuestión, pero ello no altera el hecho de que el sector más reaccionario y aventurero de la burguesía puede llegar a monopolizar el poder efectivo (gubernamental y social) y lo ejerza neutralizando a la oposición por vía democrática o represiva. Por lo tanto, cada fascismo diferirá uno de otro, de país en país y de una época a otra.

Es conveniente recordar el modo pacífico y relativamente constitucional del ascenso nazi al poder, así como el modo en que progresivamente —y no de súbito— neutralizó primero y suprimió después la oposición política.

El conocido historiador William L. Shirer en su monumental obra *Auge y caída del Tercer Reich* rememora los días de mayo de 1928, cuando en las elecciones el Partido Nazi sólo obtuvo 810 000 votos de los 31 millones emitidos:

El viejo espíritu represivo prusiano precia muerto y enterrado. La mayor parte de los alemanes que uno encontraba —políticos, escritores, editores, artistas, profesores, estudiantes, hombres de negocios, líderes sindicales— lo impactaban por ser democráticos, liberales, incluso pacifistas. Sin embargo, a fines de la década del 20 Hitler era el único nacionalista conservador con algún apoyo de masas. El salto al poder desde su posición de Canciller asumiendo los poderes presidenciales, fue respaldado, el 19 de agosto de 1933, por la aplastante mayoría de la nación: el 95% de los votantes que se registraron acudió a las urnas y de ellos el 90% (más de 38 millones) votó aprobando la completa usurpación del poder por Hitler.<sup>12</sup>

Aún así, “el terror nazi de los primeros años afectó la vida de relativamente pocos alemanes [...] el pueblo de este país no parecía sentir que estaba siendo sometido y controlado por una dictadura inescrupulosa y brutal. Por el contrario la apoyaba con genuino entusiasmo. De cierta forma los imbuía de una nueva esperanza, de una nueva confianza y de una impresionante fe en el futuro de su país”.<sup>13</sup>

- 3 Las corrientes fascistas contemporáneas difieren en su forma de las clásicas (Alemania, España, Japón, Italia.). Las tropas de asalto, las camisas negras o pardas, los campos de concentración y los hornos

---

<sup>12</sup> William Shirer: *The Riser and Fall of the Third Reich, a History of Nazi Germany*, Simon & Shuster, N.Y., 1976.

<sup>13</sup> *Ibíd.*

crematorios son formas históricas de ciertos fascismos. El fascismo moderno no sólo no se caracteriza por esos rasgos —mucho menos en una fase preparatoria e incipiente— sino que en general procura evitar toda semejanza formal con aquellas corrientes históricas.

- 4 En cada país donde existe una corriente fascista (lo que ocurre en muchos países industrializados de Occidente), esta tiene diversos orígenes, composición y poder, por lo que no solo no forma un movimiento homogéneo sino incluso pueden existir contradicciones importantes en su seno.
- 5 En el caso de los Estados Unidos, existen tres fuentes y corrientes fundamental es de tendencia fascista:

a) Ciertos sectores del gran capital transnacionalizado trilateralista..

b) Sectores de menor poder financiero en estrecha vinculación y dependencia de la producción de armamentos y con capitales invertidos esencialmente (aunque no exclusivamente) dentro del territorio nacional.

c) Grupúsculos fascistas y racistas (como el Partido Nazi, el KKK, la John Birch Society, etc.) de corte más “clásico”.

Cada uno de estos sectores tiene una visión distinta de su ascenso al poder, así como del modo de emplearlo.

En cualquier caso, resulta claro que mientras los dos primeros tienden a la “americanización” de su fascismo, la tercera corriente se proyecta directamente en su forma clásica, lo que la aísla socialmente y neutraliza su peligro potencial. Entre estos sectores, no obstante, existen vínculos políticos y financieros en distintos niveles y gradaciones.

- 6 La “dictadura” de los elementos más reaccionarios, chovinistas y aventureros del gran capital no tiene que ser inevitablemente feroz en lo interno. Tratará, sí de ser eficaz. Su grado de ferocidad dependerá de la necesidad que tenga en lo interno de acudir a tales procedimientos. Por otra parte, las formas represivas responderán al marco nacional e histórico: donde se establecen largas condenas y silla eléctrica no se requiere del horno crematorio para ser ortodoxo. Por otra parte, la manipulación eficaz de la opinión pública por los medios de difusión y otras instituciones sociales hacen que se reduzca la necesidad de medidas represivas desde el punto de vista físico e incluso político.
- 7 El fascismo no arriba “de pronto” al poder. Aun si históricamente ha recurrido al golpe de Estado cuando lo ha necesitado (o pensado que lo

ha necesitado), en otras ocasiones como en Alemania. ha ascendido a través del proceso electoral.

En uno y otro caso el fascismo pasó por una fase preparatoria de transición antes de su llegada al poder y en las primeras etapas después de alcanzarlo. Solamente después que se siente dueño consolidado de las riendas efectivas del poder (políticas, económicas y sociales) es que se quita la máscara y pasa a la fase propiamente fascista.

En el caso de los países industrializados, el fascismo requiere una base social de masas significativa, sí bien no necesariamente mayoritaria..

### *La administración. Reagan, la nueva élite y el fascismo*

A la luz de estas propuestas básicas es posible dar respuesta con mayor precisión a las interrogantes planteadas:

a) La fracción burguesa más chovinista, agresiva y aventurera del gran capital estadounidense logró hegemonizar en 1980 el Poder Ejecutivo (y en buena medida el legislativo) por vía electoral, sacando partido al estado de frustración y sentimientos nacionales heridos que dejó como saldo la crisis general de los Estados Unidos durante la década del 70. Sin embargo, su base política es una coalición de centro-derecha, liderada por la derecha pero que aún —y por un más o menos largo período de tiempo tiene que respetar los límites del consenso global de la clase dominante.

En oposición a la fracción burguesa del viejo *establishment* que dominó la política estadounidense hasta ahora, esta fracción burguesa emergente está integrada principalmente por capitalistas menos transnacionalizados que dependen en gran medida de la carrera armamentista y que constituyen una parte vital del llamado “complejo militar industrial”. Su aspiración es desplazar al viejo *establishment* (la otra fracción financieramente más poderosa y transnacionalizada de la burguesía) del poder económico, financiero, social y político en Norteamérica, sustituyéndola como fracción burguesa hegemónica. Para ello ha puesto en juego un conjunto de políticas que mientras respetan los límites del consenso global de la clase dominante, vitalizan una dinámica que arrastra hacia la derecha la agenda política nacional.

b) La nueva derecha, movimiento político-social que lideró el esfuerzo electoral y prevalece hoy en medios gubernamentales, es una de las corrientes de orientación fascista en los Estados Unidos. Su eficacia está dada por la coyuntura histórica que ha sabido explotar y por su rasgo diferenciado (con la “vieja derecha” y los grupúsculos fascistas) de saber priorizar sus objetivos

estratégicos (el desplazamiento del antiguo *establishment* elitista transnacionalizado) por sobre los escollos tácticos inmediatos, manejando el arte de las concesiones inevitables para mantener el consenso mientras se completa el proceso de desplazamiento progresivo de la vieja élite de las posiciones de poder político, económico y social. Esta nueva derecha se distingue también por recurrir a una retórica populista -demagógica a fin de sumar a amplios sectores (burguesía media y trabajadores) a su cruzada *antiestablishment*. con lo cual ha demostrado ser mucho más eficaz que la vieja derecha y los grupúsculos fascistas violentos, que siempre han resultado antipáticos con su estilo aristocratizante, antipopular y racista. Estos factores hacen de la nueva derecha la corriente facistizante viable en el contexto norteamericano.

c) El objetivo estratégico de la fracción burguesa a la que hemos venido aludiendo y del movimiento de la nueva derecha promovido por ella es desplazar de sus posiciones hegemónicas al viejo *establishment*, por lo que evalúan su gestión no sólo por los logros, estancamientos o reveses de aspectos aislados de su política interna o exterior. sino por la medida en que han avanzado en ese proceso de transición y transferencia de poder.

d) En ese sentido, estos círculos burgueses consideran estos a los como un tiempo de transición en que deberán limitar su avance en cuestiones específicas a las concesiones que aún se ven obligados a hacer al todavía poderoso viejo *establishment* mientras avanzan en su progresivo desplazamiento de los factores de poder.

La aspiración no es tanto que Reagan complete ese proceso —lo cual sería ilusorio— como que lo promueva hasta un punto en que su avance se haga continuado e irreversible, lo cual —dado el poder de las restantes fracciones del capital financiero parece aún una empresa de dudoso éxito.

e) A partir de lo anterior, podemos afirmar que la administración Reagan marca el ascenso a las posiciones claves del poder político estadounidense de los representantes de la fracción burguesa más chovinista, agresiva y aventurera y, a la vez, de la corriente de orientación fascista más peligrosa (por políticamente hábil y, así, viable) de las existentes en el medio político norteamericano.

La administración Reagan no es, por tanto, una presidencia conservadora más, ni siquiera “la más reaccionaria” en este siglo, sino un fenómeno sociopolítico cualitativamente nuevo en el país: el intento de iniciar una fase de transición. que a su vez abra la puerta en varios campos de la sociedad norteamericana, a la posibilidad fascista mientras asume, desde un inicio, una política exterior de esa naturaleza.

f) El ascenso de Reagan al poder en 1981 refleja más que todo la profundización de la tendencia a la derechización de la clase dominante en su conjunto, como reacción ante la inmanejabilidad de la crisis que se venía produciendo desde la época. de Carter e incluso (en algunas áreas) desde la presidencia de Ford y Nixon.

El voto popular que favoreció a Reagan en 1980 no refleja tanto una “derechización” de las masas como su frustración ante la incapacidad de Carter para hacer coincidir su retórica populista inicial con una mejoría en la crisis económica interna; refleja igualmente la frustración relacionada con el incidente de los rehenes en Irán.

En lo que al proceso de ideologización masiva se refiere, se ha empleado, en esencia, una técnica del fascismo clásico: presentar la crisis como resultado de la incapacidad del viejo *establishment* y el fracaso de su política de “injerencia social” (nacional e internacional), volcar el sentimiento liberal *antiestablishment* originado en la década del 60 hacia una tendencia. *antiestablishment* conservadora. Presentar la crisis como una crisis de liderazgo del viejo *establishment* y no del sistema..

Según esa tesis, el establishment tradicional fue el que condujo a los Estados Unidos a la crisis de la década del 70, la cual no es intrínseca del sistema sino de su liderazgo, por lo que sólo su desplazamiento del poder y la instauración del “nuevo orden social” que ella promueve podría devolver la fe en el sistema a las masas, afectadas psicológicamente por la crisis de Watergate, Vietnam, la economía, etc.

La fórmula ideológica es similar, por tanto, a la del fascismo clásico de la década del 20 y el 30: transformar en tendencia derechista el sentimiento *antiestablishment* que venía. desplazando a las masas hacia la izquierda liberal de la llamada “élite de poder”.

g) Pese a lo ya apuntado, la ejecutoría gubernamental de Reagan le ha valido el “visto bueno” de los principales centros de poder financiero, los que satisfechos con los resultados cosechados a corto plazo y confiados en su aparentemente ilimitada capacidad de maniobra para manipular la sociedad norteamericana, ven en Reagan “una carta” coyunturalmente conveniente de la que pueden prescindir en el momento que consideren adecuado. Ciertamente, visto desde ese ángulo, resulta improbable —aun cuando entre en el marco de lo posible— que las fuerzas de naturaleza fascista que Reagan representa pudieran consolidar su proyecto en la sociedad norteamericana. No obstante, al ponerse en juego estas fuerzas, el proceso que promueven puede adquirir una lógica propia, pero no puede excluirse que, de percibir exitosa su política



los poderosos sectores aludidos sean cooptados por ella. aun sin que llegue a producirse una redistribución de poder dentro de la clase dominante.

h) ¿Se transformará el sistema político estadounidense en “la dictadura terrorista abierta de los elementos más chovinistas y más imperialistas del capital financiero?

Ciertamente no resulta imposible —y, de seguir la actual tendencia. política. derechizante y hacerse irreversible— podría llegar a hacerse “probable” que así suceda..

Las formas de represión, su masividad o selectividad, su nivel de ferocidad (si es factible la neutralización política de los partidos de oposición sin recurrir a su supresión judicial o física) estará determinado por las características histórico concretas del pasado político institucional, la coyuntura y los rasgos específicos del fascismo norteamericano.

Una vez en el poder real (no sólo gubernamental, la fracción burguesa fascista ajustará el nivel y las formas de la represión para mantener su dictadura al grado requerido en el contexto y coyuntura dados para preservar dicho poder y dictadura.

j) La actual fase de acelerada derechización chovinista que propicia la posibilidad fascista no es todavía irreversible, aunque puede llegar a serlo a mediano plazo.

Sin embargo, si tomamos en serio las amenazas de los propios ideólogos del movimiento de la nueva derecha, existe la disposición a hacer uso de la violencia y el terrorismo si su estrategia parlamentaria para el desplazamiento del viejo *establishment* no resultara esta vez.

Según Robert W. Whitaker, por ejemplo, “de no formarse una nueva mayoría, los conservadores sociales, parte significativa de nuestra población, se verían enfrentados a la alternativa de la sumisión permanente o salirse fuera de los límites políticos del modo en que hoy conocemos. Ellos no se someterán”.<sup>14</sup> y continúa: “Está muy claro que el *establishment* liberal sería derrocado. Las cuestiones críticas son como y por quién. El presidente Reagan representa una rebelión pero no el desenlace final”. Whitaker llega incluso a hacer un paralelo con lo novedoso que resultó para la nación en su tiempo la ideología antiesclavista de Lincoln, y afirma que “una rebelión similar hoy [...] pude llevar al poder a elementos de corte nazi o del KKK, una perspectiva tan impensable ahora como lo fue la igualdad racial”.<sup>15</sup>

---

<sup>14</sup> Robert Whitaker: “Introducción” a *The New Right Papers*, ed. Cit.

<sup>15</sup> *Ibíd.*

El insólito movimiento terrorista contra el aborto en un país de tradición democrática y liberal es ciertamente una señal preocupante sobre cuáles corrientes se benefician del clima que propicia la presente Administración.

j) Resulta válido y pertinente preguntarse si el capitalismo imperialista norteamericano “necesita” del fascismo.

En 1971, en su artículo “Casandra en América”, Corliss Lamont escribía: “La clase capitalista en los Estados Unidos no necesita un régimen fascista a fin de mantener su dominio. Los movimientos radicales y revolucionarios están débiles y desunidos. Una gran parte de los sindicatos son conservadores Y, en realidad, son parte del sistema [...] no veo en el horizonte ninguna constelación de fuerzas que pueda asentar al fascismo,<sup>16</sup> aquí

Resulta importante hacer algunas observaciones al respecto:

1) La “necesidad” de recurrir al fascismo cae en el terreno subjetivo también. No se trata sólo de si objetivamente están necesitados de él, sino de si la élite o una fracción decisiva de ella percibe, acertada o equivocadamente, la necesidad de un cambio dramático en el sistema.

2) Se podría coincidir con Lamont en que cuando él escribía esas líneas en 1970 la mayor parte de la élite no percibía la necesidad de un cambio significativo en el sistema. Después de atravesar la crisis de la década del 70 la situación es otra.

a) En el caso norteamericano, la “necesidad de recurrir a formas fascistas” que no se reducen ni obligan a métodos dados de represión física, sino a la promoción política de una visión ideológica, no es analizada en el contexto del peligro de derrocamiento del poder burgués nacional por una manera popular radical y/o revolucionaria. A diferencia de Alemania, por ejemplo, los Estados Unidos tienen un imperio neocolonial que preservar y en la medida en que pretenden hacerla por la fuerza (y no por la reforma) requieren del apoyo popular a una política exterior militarista y chovinista. La ruptura del consenso político interno en relación con el uso de la fuerza en la política exterior (el síndrome de Vietnam) no permite emplear a plenitud métodos cuasi fascistas en la política exterior sin rechazarse a la vez la realidad doméstica.

El poder burgués que peligra aquí tiene carácter transnacional, imperial, y está puesto en peligro —según la fracción facistizante burguesa— por la incapacidad del viejo establishment para preservarlo y movilizar en ese empeño el apoyo popular.

La ruptura del consenso interno sobre el uso de la fuerza en política exterior ha creado una situación cualitativamente nueva en el sistema imperial: en las actuales circunstancias no es posible mantener una política exterior fascista y

---

<sup>16</sup> Corliss Lamont “Cassandra in America”. *En The New York Times*, 25 de julio de 1971

un ambiente doméstico liberal Para devolver la voluntad de imperio al sistema hay que rechazarse a la opinión pública y, de este modo, la política exterior fascista comienza a arrastrar la estrategia política interior hacia la derecha. En su extenso estudio sobre el macartismo, David Caute cita las palabras del profesor de Harvard y especialista en China John K. Fairbank, quien siendo asesor del Departamento de Estado con una clara posición anticomunista, no pudo evitar caer en desgracia y ser incluido en las listas negras de aquella época. Según Caute, Fairbank expresó en 1947 la siguiente inquietud: “El fascismo americano vendría, si viene, porque los americanos liberales se habrían unido al público americano, en el temor al comunismo en el exterior en lugar de al fascismo en casa como la principal amenaza totalitaria.<sup>17</sup> Bajo esa óptica, resulta interesante la lógica política de los más destacados “reaganistas”.

En su ensayo “El problema de Hobbes: orden, autoridad y legitimidad en América Central, Jeane Kirkpatrick afirmaba”:

El problema que se enfrenta en, El Salvador es el de Thomas Hobbes: cómo establecer el orden y la autoridad en una sociedad que no tiene ninguno [...] Hobbes predijo que para escapar a la inseguridad y el miedo a la muerte, los hombres se someterán voluntariamente a un gobernante en el cual depositarán la soberanía, y al cual jurarán obediencia, a condición de que él mantenga la paz civil requerida, tanto para la sobrevivencia como para la civilización [...] Hobbes argumenta que la guerra civil y la anarquía, siendo problemas políticos, requieren soluciones políticas. La autocracia es esa solución que él lo previó<sup>18</sup>.

Ante este “esfuerzo intelectual” por legitimar como necesarios los regímenes dictatoriales y una brutal política intervencionista en su favor, no es a su vez posible imaginar que igual lógica puede aplicarse un día dentro del proceso político norteamericano, cuando los factores de poder perciban la necesidad de imponer la unidad nacional en apoyo a la política exterior “requerida tanto para la sobrevivencia, como para la civilización”.

4) A la luz de este otro enfoque, la relativa debilidad y desunión del movimiento progresista, el carácter conservador de la mayor parte de los sindicatos, se convierten en un argumento de doble filo: indican la ausencia de obstáculos serios al ascenso de la corriente fascista.

---

<sup>17</sup> David Caute: *The Great Fear*, Simon & Schuster, N.Y.1978.

<sup>18</sup> Jane Kirkpatrick; *Dictatorship and Double Standards*.

k.) En lo interno —área, por cierto, que nunca desempeñó un papel decisivo en el derrocamiento del fascismo una vez instalado en el poder, el obstáculo principal (por poderoso) a la tendencia facistizante que se ha iniciado está precisamente en sectores del llamado viejo *establishment*.

Entre 1981 y 1983, hasta la invasión de Granada y la exitosa evaluación económica de ese año, el viejo *establishment* demostró un grado significativo de oposición, en el Congreso y la gran prensa, a algunas de las tendencias —principalmente en materia de política exterior— de la administración Reagan, 1984 sería un año favorable a Reagan, momento oportuno para cosechar, a nivel de élite y electoralmente, el éxito de su gestión en el año precedente.

A partir de entonces y hasta hoy —muy especialmente después de su sonada victoria electoral— el viejo *establishment* parece estar por una parte desconcertado, como se refleja en la actuación de sus representantes políticos en el Congreso y el Partido Demócrata y, por otra, entusiasmado, como se refleja en el trato más cortés de la gran prensa hacia Reagan. Ello es consecuencia también de la continuidad de la tendencia al fortalecimiento de la derecha en su seno y al debilitamiento de su ala liberal.

Reagan está persuadiendo a un sector creciente del viejo *establishment* de que ese es el rumbo a seguir, sin parar mientes, confiados en su histórico poderío financiero y político, en que con ello están contribuyendo a hacer irreversible la tendencia a su propio desplazamiento de dicho poder.

La aseveración de algunos sectores progresistas en el sentido de que hay un sector crecientemente afectado por las políticas de Reagan que es factible de ser trabajado, es tan cierta como lo es el que se ha fortalecido la tendencia derechista en el seno de la clase dominante y entre amplios sectores sociales. En cualquier caso, estamos ante un proceso que inevitablemente polariza el proceso político a expensas del centro. Ello explica el fenómeno Jesse Jackson en el Partido Demócrata, así como el triunfo electoral de Reagan.

De lo que se trata es de medir no sólo cuantitativamente sino sobre todo cualitativamente quién fortaleció más su poder real en ese proceso de polarización. Hasta ahora la derecha facistizante parece liderar las ganancias políticas inmediatas.

## LA PROBLEMÁTICA PROGRESISTA y REVOLUCIONARIA EN LA COYUNTURA ACTUAL

El marxismo no se limita a ser un instrumental científico para interpretar la realidad. Nos convoca simultáneamente a transformarla. El primer deber de las fuerzas progresistas y revolucionarias es profundizar, con rigor y objetividad, en los

peligros presentes y potenciales de la actual coyuntura y, sobre esa base, fortalecer en dirección adecuada su praxis política.

Si se revisan con cuidado las páginas precedentes, se notará que realizan principalmente una suerte de inventario de las intenciones y objetivos de la administración Reagan; indican las principales líneas políticas que ha puesto en práctica para su consecución y alertan sobre su naturaleza sociopolítica. El balance detallado de éxitos y fracasos de Reagan es bastante más controversial.

La despiadada brutalidad de su política exterior ha impuesto un alto precio a la lucha revolucionaria en El Salvador, Nicaragua, Angola y otros lugares, pero no ha podido revertir ninguno de estos procesos. En el caso de Granada, la 82 División Aerotransportada apenas asistió al sepulcro de una revolución suicida. En el Líbano los “halcones” tocaron una oportuna retirada antes de enredarse en un conflicto que reviviese los traumas de Vietnam. Algunos personeros de gobierno decidieron redefinir el concepto de victoria como “la ausencia de derrota” a fin de limitar las expectativas a horizontes más modestos.

En política interna —donde ciertamente la administración Reagan ha logrado no pocos éxitos importantes— tampoco el balance está exento de controversia. Si bien resulta indudable que Reagan ha avanzado en dirección a consolidar el proyecto político-social derechizante del movimiento neoconservador, es igualmente cierto que aún no ha logrado sus objetivos estratégicos en esta área; entre ellos la pertinaz ausencia de consenso para el empleo directo de la fuerza militar en la política exterior continúa siendo su talón de Aquiles. En materia económica, la recuperación sigue perdiendo fuerza y deslizándose lentamente hacia una nueva recesión, mientras permanecen y se acrecientan los peligros que asechan al sistema financiero estadounidense como resultado de las políticas monetaristas y de la desenfrenada carrera de armamentos. Hay un elemento consustancial a esta Administración que no podemos pasar por alto: su política interna y exterior polariza el espectro sociopolítico nacional e internacional. Ello abre la posibilidad al movimiento progresista y revolucionario de alcanzar con su mensaje a sectores sociales antes inaccesibles. Pero ese mensaje tiene a su vez que ajustarse a la amplitud y coincidencia que demandan los tiempos.

Las realidades no son ni optimistas ni pesimistas. Las actitudes que los hombres asuman ante ellas sí lo son.